



Acuarelas descoloridas

Entristece de veras constatar cómo cambia en el transcurso de bien poco tiempo, después de todo, la fisonomía de aquellos no apartados rincones, sino de más céntricos lugares que fueron escenario de mil correrías infantiles y que se nos hubieran antojado incommovibles entonces, de haber pasado por nuestra imaginación la idea de su posible mutalidad. Y con la fisonomía, —lo que es aún más duro de aceptar—

incluso el topónimo que los determinaba en el ámbito del pueblo. ¿Quién es hoy capaz en Rentería de situar, por ejemplo, en el plano de la villa, *Atzeko-atia*, cuartel general de nuestras mataperradas de chicos, cincuenta y... años atrás?

Ya, por no existir, ni traza queda de la *errika* de Pekín, que bañaba sus pies, entre juncos e *iyak*, allí donde el riachuelo describía una graciosa curva, antes de que asomara su sorprendido rostro agreste bajo el puente de la carretera.

¿Saben ustedes que ha existido un puente en la Calle Carretera —después de Viteri— para salvar el regato de Pekín, cuyas aguas corrían luego paralelas al camino real, hasta desembocar en el Oarso, por las marismas de Loitarte? Todo esto, que es de un inmediato ayer, no pueden ni figurárselo muchos de los actuales renterianos.

Las casas de la Calle Magdalena —y las de la Plaza de los Fueros (que aún no se llamaba tal) de por ese lado— tenían huertos que daban a *Atzeko-atia*; y los huertos, además de sus consabidas tapias, estupendos árboles frutales. *Mushikas* y peras fueron nuestros mejores profesores de una gimnasia precursora de la sueca, que nos hizo muy duchos en trepar y escalar por aquellos musgosos y escurridizos paredones.

Conocíamos muy bien dónde la erizada cresta de cristales que coronaba los muros había perdido su eficacia defensivo-ofensiva, así como las *kroshkas* en que poder apoyarnos para subir. Pero, ¡ay!, en el huerto de los árboles más incitantes, ignorábamos desde qué camuflados parapetos se nos iba a disparar, tan pronto levantásemos la cabeza media cuarta por sobre el muro, el confite, como avellana de grande, lanzado por un tiragomas, que con gusto lo hubiera trocado David, por su honda de marras, de haberse conocido tiragomas en su tiempo.

Horca y cuchillo

Peró, aunque hay una Sociedad de Amigos de los Castillos, cosa de buen tono y hasta aristocrática, no existe ninguna, que yo sepa, de Amigos de las Horcas. Si alguna se constituyera, correría el riesgo de no tener más socios que Camilo José de Cela, Bidazti y yo, ya que Araquistain y

La lucha era noble y sin ventajas por parte del Rubillo: arma apropiada a nuestra condición de críos o de pájaros rapaces. Pero el Rubillo poseía una experiencia que a nosotros nos faltaba, lograda tras la experiencia de la vida. Porque el rubillo había dejado de ser chico hacía años, muchísimos años ya, en su Elorrio natal. Y donde ponía el ojo, ponía la piedra. De joven había aprendido su oficio de confitero en Madrid, nada menos que con el famoso Martinho; y su tienda exhibía el flamante diploma de «Proveedor de la Real Casa». ¡Toda una institución!

El Rubillo, gordo y chaparro, además de su genio rechinado poseía una debilidad, que nuestras indiscretas ascensiones chafaban de todas todas. Por eso el disparar de su tiragomas, no por las peras ni las *mushikas*. Era un chillado de los ruiseñores. Por oírlos cantar, en aquellos altos chopos que bordeaban la vía del tren, desde la negra chimenea metálica de la Papelera, hasta el barracón de la estación, a la vera de la carretera —no existía entonces el barrio de las Casas Nuevas—, se tomaba la pena de levantarse a diario, allá para las cuatro de la madrugada, sin curarse ni poco ni mucho de que le confundieran los carabineros con alguno de los muchos paqueteros lezotarras, que entraban alijo en el pueblo, previo ingenuo apagón de los faroles de petróleo que jalonaban su itinerario.

Tan a lo hondo de su alma llegaban los melífluos gorjeos de los ruiseñores, que dio en querer domesticarlos. Sabido es lo fieras que estas aves son para dejarse reducir y lo difícil que resulta su alimentación. Ignoro cómo se hizo con ellas y de qué manera se las arreglaba —el buen confitero— para domesticarlas; lo que sí sé es el régimen dietético a que las sometió, puesto que en la tejavana del huerto de *Atzeko-atia*, le vi más de una vez manipular —¡toda una faena!— en un trasunto de obrador que se había improvisado, con *chichares* y cucarachas machacadas —que a la hora de la siesta solía llevar en un bote de pimientos— y a saber qué componentes más, una pringosa pasta, que se le escurría por entre sus amocillados dedos, igualito que cuando amasaba hojaldre o embutía yema en las anguilas de Navidad.

Desde entonces, perdieron para mí muchos puntos estas golosinas, y sólo de mayor llegué a calibrar el corazón del buen anciano, cuyo *guisai-char* no llegaban a edulcorar los almibares de su trastienda. Sólo contaba para él el canto de los ruiseñores.

Y esto es casi tan estupendo como haber conocido a Bécquer.

V. COBREROS URANGA

demás entusiastas de las leyendas medievales fallecieron hace ya muchos años. Y, sin embargo, si alguna vez Jaumendi ha podido ser el equivalente exacto de Urkamendi, lo uno no deja de tener bastante relación con lo otro.

LUIS MICHELENA